

# EL COMERCIO

REVISTA CIENTÍFICA, LITERARIA Y ARTÍSTICA.

REGALO A LOS SUSCRITORES.

PRECIO EN VENTA 0'20 DE PTA.

## SUMARIO.

TEXTO.—Amor y fatalidad, leyenda caballeresca por A. E. de E. y S. (continuación).—Disculpa, a mis amigas María y Evarista Larrañaga.—Apuros.—En mi abanico, por Estelrich.—Íntimas, por D. R. Martorell Bennasar.

## NUESTRO GRABADO.

En el número de hoy publicamos un dibujo inédito del distinguido dibujante Sr. Luque, que ha tenido la amabilidad de remitirnoslo desde Madrid.

## AMOR Y FATALIDAD.

### LEYENDA CABALLERESCA.

(CONTINUACION.)



El baron empezaba á comprender, y no osaba apenas respirar.

—Qué loca soy, continuó la calenturienta Florinda sonriéndose; muy loca, por mi amor; ¿no te irás? sé un poco razonable, bien mio; no te vas aun, y mi padre.... mi padre.... no seré su esposa, te lo juro; pero vete... ¿no te vas? te afirmo y aseguro que le desprecio.... ¿no te vas? te repito que nadie mas que el padre de mi hija tiene derecho para ser amado por Florinda y llamarla esposa suya... ¿Te irás ahora?

—Desgraciada de ti, miserable! exclamó su padre con tanto delirio como Florinda.

—¿Es mi padre! ¿es mi padre! gritó estúpidamente la jóven palmoreando; y se lo he dicho, que loca soy, que chasco, já, já, já... y agotadas todas sus fuerzas con la carcajada que acababa de dar, cayó torpemente sin movimiento alguno en su lecho.

—Desgraciada, decia con furor don Beltran, has manchado villanamente los nobles blasones de mi casa; muere, miserable muger, ya que no

tuviste la fortaleza necesaria para ser muger de noble estirpe.

Y don Beltran, desenvainando su puñal, lo levantó con decidida intencion de clavarlo en el seno de su hija; pero tropezando su brazo con una cruz toscamente labrada que habia á la cabecera de la cama, la descolgó con su movimiento, haciéndole soltar el puñal que inseguramente empuñaba.

La cruz y el puñal cayeron con estrépito en el pavimento.

La religion desarmaba al crimen ciego.

La cruz, ese consuelo del cristiano, ese divino signo de salvacion, impedia que se cometiera un horrible crimen, un parricidio.

Don Beltran cayó de rodillas, y sepultando su cabeza entre las manos, lloró.

Lloraba un corazon de bronce.

—¿Quién será él, Dios mio? preguntaba con desconsuelo el anciano, necesito averiguar la enormidad de su falta.

Saliendo de la estancia de Florinda, se trasladó á la vecina cámara en la que dormitaba doña Ponciana.

## XII.

### ¡MISERIA HUMANA!

—¿Quién es él? ¿Quién es él? repetia furioso don Beltran agitando violentamente el brazo de la Ponciana.

—¡Ay, Jesus mio! ¿Quién es? preguntó esta asustada.

—El diablo de la vieja, repuso sordamente el baron.

—El enemigo malo! Nuestra Señora de la Fuencisla, ofrézcoos... dijo la dueña, que temblaba como la hoja en el árbol.

—Si no callas, vieja maldita, hoy es el último dia de tu existencia.

—¡Jesus, María y José! contestó santiguándose devotamente la dueña; si eres alma de parte de Dios venida, conjúrote que me digas que puede esta humilde pecadora por tu eterno descanso hacer.

—Infierno y maldicion; si callarás, exclamó rabioso don Beltran, dando un fuerte golpe á la Ponciana, que se convenció que las habia con persona que lejos de ser invisible é impalpable, tenia muy buenos puños, si habia de juzgar por el golpazo recibido.

—¿Quién es el seductor de Florinda? la preguntó el alma en pena.

—¿Sois vos, señor baron, mi bueno y noble amo, el que se ha dignado favorecerme con una galana y buena puñada?

—¡Por los clavos de Cristo! si contestarás, bruja de Barrabás.

—¡Qué buen humor teneis! lo que me prueba que doña Florinda está mejor, y bien sabe mi patrona la muy santa virgen de la Fuencisla, que...

—El infierno te llevè y mi venganza te acabe, ya que así lo quieres.

—¡Piedad, señor baron! ¡muy noble señor! Piedad, todo os lo diré, gritó la Ponciana, viendo que don Beltran se propasaba á vias de hecho demasiado sérías para ser bromas.

—Acabemos de una vez, Ponciana, dijo el baron con suavidad; así le pareció al menos á la dueña su destemplada y bronca voz.

—Pues es el caso, señor de mi alma, dijo Ponciana con misteriosa voz, que conforme íbamos diciendo... yo no sé nada.

—¡Rayo de Júpiter! ¿Y ahora salimos con eso?

—Es que, señor baron, dijo con voz de carra-ca la vieja, si yo no sé nada, hay en esta casa quien con todos sus pelos y señales...

—Corred y traedla á mi presencia, dijo el baron con despotismo.

La Ponciana, contentísima de tener un pretexto para librarse de la presencia del enojado don Beltran, echó á correr en dirección á la puerta, á tiempo que la Gervasia entraba corriendo por averiguar el origen de los votos que oyera, y que creia indicaban alguna novedad en la enferma.

Este encuentro fué fatal; sonó un brioso ruido, unos cascados ayes, y un resultado de á chichon por cabeza.

—¡Qué fatal coscorron!

—Decidme pronto, pronto, exclamó el baron, esos amores,

—No señor, no son amores, que son coscorrones, dijo la Gervasia rascándose la parte dolorida.

—¿Quién es el seductor de mi hija? preguntó don Beltran desnudando su espada y dirigiéndola al pecho de la Gervasia.

—¿Lo sabeis todo?... pobre señorita.... su amante... ¡Ay como duele!

—Su nombre, ó te paso de parte á parte si tardas un minuto mas.

—Perdon, señor, todo os lo diré.

Debemos decir que la Ponciana estaba contentísima de ver que la bola rodaba ya en cabeza agena, y veia como suele decirse, los toros desde el tendido. ¡Miseria humana!

—¡Su nombre! repetia don Beltran con rostro infernal y satánico.

—¡Perdon! volvió á exclamar la dueña cayendo á sus piés de rodillas.

—¡Su nombre! dijo por vez tercera el baron, metiendo la punta de su espada en el seco y apergaminado pellejo de la dueña, la que al sentir el dolor dió un espantoso bufido, un ay y un salto que bien pudiera llamarse mortal.

—¡Luis de Richemont! aulló espantada de ver correr su sangre la Gervasia.

—Luis de Richemont... ¡Su hermano!... gritó con acento indescriptible, soltando la espada don Beltran, y cubriendo su rostro con las manos, como si le asustase la luz ó como si creyese librarse de la presencia del Dios airado por lo ofendido.

—¡Hermano de doña Florinda! ¡Ah! dijo la Ponciana abriendo una boca un tanto grande.

—¡Hermanos! ¡hermanos! repitió la Gervasia, abriendo una boca tamaña como un puño.

—Ah, ah, ah, ah, no cesaban de exclamar las dueñas.

—¿Dónde está esa hija de maldicion y de fatalidad? preguntó el anciano á la dueña.

—No sé, por la salvacion de mi alma, la que creo ya condenada al fuego eterno por la intervencion en sacrilegos amores; dijo llorando á lágrima tendida la buena de la Gervasia.

—¿Dónde está? volvió á preguntar tenazmente el baron á la Ponciana, la que dió un suspiro como un buey, viendo que el chubasco volvia á caer sobre ella.

—Os aseguro... no sabia ni sus amores... no sabia el padre, con que... digo...

—Callar, callar, miserables; una sola palabra que de vuestros labios se os escape, causará vuestra muerte, la que os dare sin misericordia. Ferran, Ferran, llamó con voz tonante el baron,

Ferran corrió presuroso donde le llamaban.

—Encierra donde nunca mas vean el sol á estas mugeres.

—¡Señor baron! gritaron á duo las dueñas cayendo á sus pies.

—Basta, Ferran, llévatelas.

Las órdenes del baron se cumplieron al pié de la letra.

Momentos despues entraba Roberto en la cámara.

—Señor baron, le dijo con voz solemne, mi enlace con vuestra hija es imposible.

—¿Cómo? preguntó el baron; y añadió en voz baja: mi nombre está ya enlodado; todos lo saben ya.

—Mentiria ante Dios vuestra hija, si sus lábios pronunciasen un sí que ya no pueden dar.

—Explicaos, Roberto; no infameis mis canas. ¡Vive Dios! que aun no me faltan puños para que nadie se atreva á ofenderlas.

—Ni tal fué mi pensamiento, replicó desdeñosamente el jóven; sabed, don Beltran, que el corazon de vuestra hija no os pertenece; ama á otro, y es muy digno de su amor; sus nobles prendas le recomiendan, la salvacion de vuestra hija depende de vuestro consentimiento, en vos está su salud; no lloreis luego una pérdida que podeis evitar.

—¿Podré saber quién es el caballero á cuya defensa salís con tanto calor? preguntó irónicamente el baron.

—¿Y por qué no? Es tan valeroso, es tan bueno, puede tanto con el rey... Sabedlo de una vez, es don Luis de Richemont.

Un rayo no habria producido el efecto que en don Beltran produjeron las palabras de Roberto.

—¡Horror! ¡horror! ¡Cuán terriblemente me castiga el cielo! Sois un caballero, Roberto, y necesito un corazon en quien poder desahogar mi pena. Florinda tiene una hija.

—Lo sé, replicó con firmeza el jóven.

—Y esa hija es fruto de los amores de mi hija y Richemont.

El baron hizo un gesto de repugnancia al pronunciar este nombre, y Roberto inclinó la cabeza en prueba de asentimiento.

—Ahora, para que no ignoreis nada, sabed á vuestra vez que Florinda y Luis..... son hermanos.

—¡Hermanos! gritó estupefacto Roberto . . .

En pocas palabras enteró al jóven de la terrible historia que conocemos, añadiendo despues:

—Roberto, su falta es gravísima, grande debe ser su arrepentimiento; perdonemos sus ofensas como hombres, y rueguen y obtengan por medio de la penitencia el perdon de su crimen del Dios de misericordia y bondad. Haced conocer su posicion á Luis, y aconsejadle que se retire á un convento; en cuanto á Florinda, si no muere obrará conforme á este deber.

### XIII.

#### ADIOS AL MUNDO.

Un mes despues, fúnebre aspecto presentaba la mansión de don Beltran; en tanto que él, cuyas megillas macilentas, hundidos ojos, lácios cabellos y apenado continente, indicaban sus inmensos padecimientos y parecia haber pasado por él mas de veinte años, hablaba con su fiel criado Ferran; su desgraciada hija se confesaba con un monge jóven y hermoso, que el antiguo criado buscó en la comarca. Roberto hablaba con un caballero pálido y trémulo; completamente vestido de negro, que no era otro que el hermano de Florinda.

—No sé por qué teneis el capricho de aumentar vuestros dolores, decia el primer caballero al segundo.

—Tampoco sé yo que contestaros, sino qué obro guiado por la fatalidad.

—Renunciad á esa entrevista que no puede menos de ser muy funesta para ambos.

—¡Jamás! No lo conseguireis de mí; veré á Florinda por última vez, y entraré satisfecho en un convento.

—¿No temeis las consecuencias que vuestra vista puede producir en ella?

Luis calló, y Roberto creyó que sin dificultad conseguiria su intento.

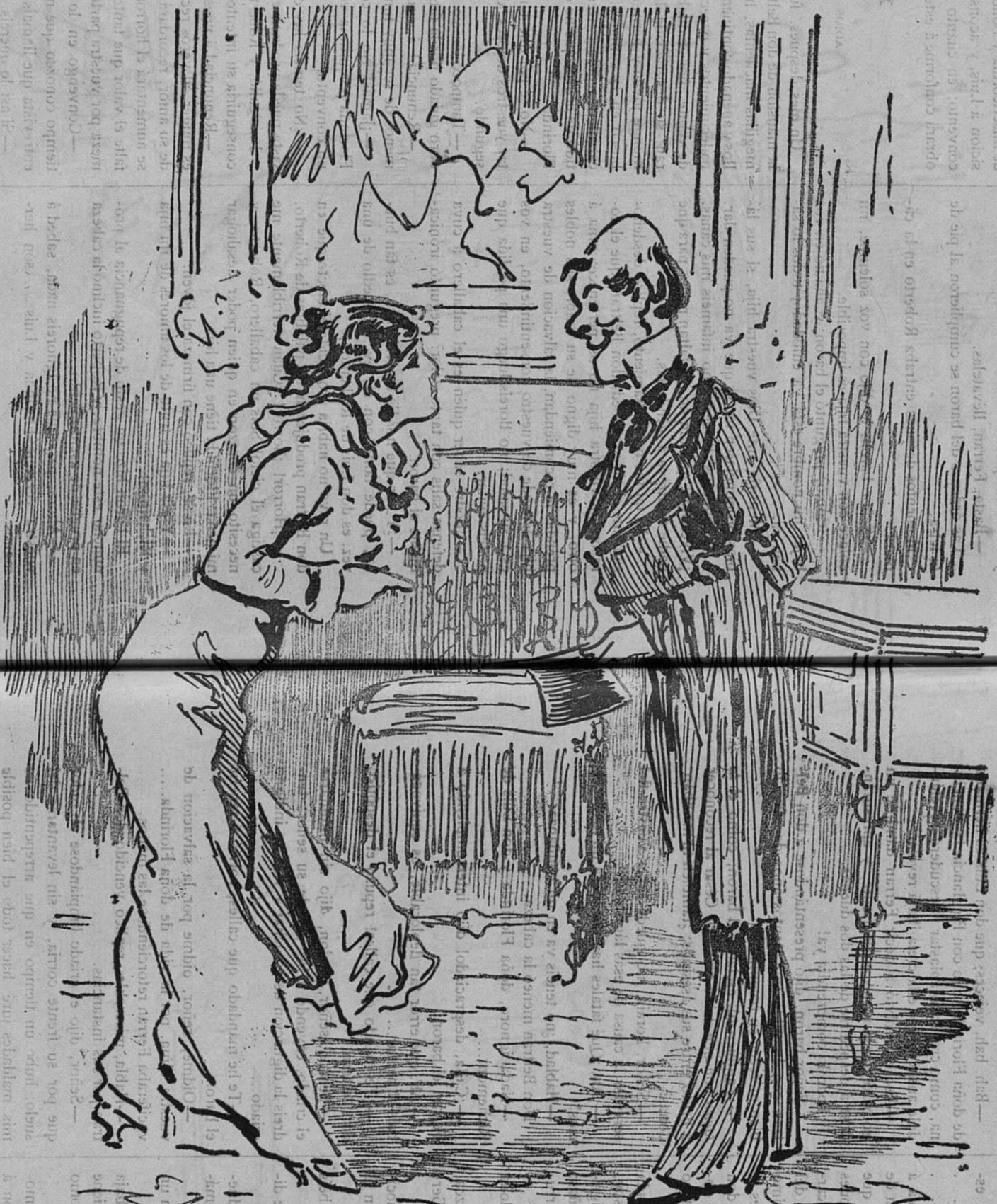
—Renunciad á vuestro loco intento; Florinda es muger, al veros recordará tiempos venturosos de su amor, recordará á la hija de sus entrañas, se aumentará el horror que os tiene, y tal vez le falte el valor que tanto necesita; un poco de firmeza por vuestra parte y todo se conseguirá.

—Convengo en lo que decís, y al mismo tiempo conozco que no puedo renunciar á esta entrevista que llamais fatal.

—Si así lo quereis, sea; recomiendoos únicamente que no os dejeis arrastrar por el corazon, y que consi lereis hablais á vuestra hermana.

—¡Hermana! ¡hermana! murmuró tristemente Luis.

AGUINALDO.



En boca de burladores...  
—Hermanos, esto es el aguinaldo...

—Es tan corta mi ambicion...  
Que para feliz vivir...  
Me basta su corazon...  
¿Que menos puedo pedir?

—Es tan corta mi ambicion...  
Que para feliz vivir...  
Me basta su corazon...  
¿Que menos puedo pedir?

—Es tan corta mi ambicion...  
Que para feliz vivir...  
Me basta su corazon...  
¿Que menos puedo pedir?  
Por Luque.

—¿Qué culpa tuvisteis en las faltas de vuestros padres? ellos que creyeron labrar vuestra felicidad, no hicieron sino vuestra mútua desventura; llorad y arrepentios del pecado rogando y perdonando aquellos que fueron inocente causa de ella.

—Gracias, amigo mio, gracias, dijo Luis estrechando entre sus brazos á Roberto.

Ferran estaba como quien ve visiones: veía á todos llorar, y no podía comprender la causa de aquellas lágrimas; comprendía, sin embargo, que la causa de ellas debía ser muy poderosa, pues los contristados semblantes así parecían indicarlo; á más sabia que Florinda iba á retirarse del mundo, sabia que este día debía darle su último adios; veía á un jóven, Luis, cuyas facciones le traían pasados recuerdos; veía al orgulloso don Beltran muy humilde, y estos detalles que observaba, formaban en su cerebro un confuso caos que en vano procura desembrollar.

—¡Ah! ¡Pardiez! se dijo dándose una palmada en la frente; esas dueñas cuyo guardian soy, saben el enredo presente, y á ellas voy á dirigirme; pero son viejas, y por añadidura dueñas; tengo de ver como me manejo con sus marrullerías.

—Buenos días, apreciables señoras doña Gervasia y Ponciana.

—Señor Ferran, muy buenos nos amanezca, respondió la ya curada, ó sea ex-herida Gervasia.

—¡Ay, buenas mugeres! no teneis conocimiento de lo enredado que hoy anda todo en el castillo.

—Contadnos, amigo mio, contadnos, sabeis que somos la misma discrecion.

—Con una condicion, de que vosotros me direis lo que sepais.

—Convenido, empezad, respondieron las dueñas despues de ratificado el tratado semi-diplomático.

—Pues señor, doña Florinda entra hoy en un convento á causa de...

Esto último lo dijo el buen Ferran en voz baja y misteriosa, como quien algo importante tiene que decir, pero en realidad porque no sabia como continuar.

—Bah, cosa vieja es esa; á causa de sus amores con don Luis de Richemont, exclamaron á duo las dos honradas dueñas, orgullosas de hacer ver al escudero que tan al corriente estaban ellas de lo que ocurría, estando prisioneras, como el buen criado estando libre.

—¡Pues! eso es, á causa de sus amores con Luis de Richemont; pero es el caso... y aquí bajó tanto la voz, que apenas le oiria nadie, á no ser una doña Gervasia ó Ponciana; es el caso que el don Luisito...

—Bah, bah, vejezes; que don Luis es hermano de doña Florinda, dijo con Petulancia la Ponciana, como creyendo aplastar al escudero revelándole antes lo que ella creía iba á revelar.

—Eso es, volvió á decir Ferran dándose un golpazo con la mano en la frente, y apresurándose á despedirse de las dos dueñas.

¡Todo lo comprendía ya!

—Señor baron, dijo presentándose á don Beltran con humilde voz, tantos años de servicio bien merecen su recompensa.

—¡Tambien tú! exclamó el baron, como el *tu tamen* con que debió exclamar César al reconocer á Bruto entre sus asesinos; ¿tambien tú me abandonas?

—Señor, llorais, ¿no puede saber vuestro fiel servidor la causa de esas lágrimas?

—¡Ah! ¡Qué fatales han sido para mí tus servicios!

—Hablad, ¿no teneis ya en mí confianza?

Don Beltran meneó la cabeza.

—Nada ignoro, doña Florinda y don Luis de Richemont...

—¡Calla, desgraciado! dijo interrumpiendo á Ferran el baron.

—Ah, qué error tan deplorable, os equivocábais al pensar...

—¡Te mando que calles! repuso el despótico don Beltran.

—Perdon, señor, perdon, dijo sin inmutarse el criado, cayendo á los piés de su señor; tendreis la dignacion de escuchar á vuestro indigno criado...

—Te he mandado que calles, volvió á repetir el baron.

—Oidme, señor, oidme por la salvacion de vuestra alma, por la vida de doña Florinda.... vociferaba Ferran retorciéndose las manos.

—Habla, miserable, replicó vencido don Beltran por sus instancias.

—Señor, dijo el criado limpiándose el sudor que por su frente corría, y sin levantarse del suelo; hubo un tiempo en que arrepentido de mis maldades juré hacer todo el bien posible ayudando á los seres débiles. Doña Elvira contribuyó no poco á esta dichosa conversion, y por ella hubiera sido capaz de los mayores sacrificios.

—Bien, bien, adelante, interrumpió don Beltran, al que no eran muy gratos los recuerdos de su virtuosa esposa en aquellos momentos.

Ferran se enjugó sus lágrimas y continuó:

—Recordareis, señor baron, que Elvira lloraba por su hijo, y que llegó un día que la ofrecisteis que Ferran lo conduciría á su presencia para no volverse jamás á apartar de ella; pensábais trocar su hijo por otro. Doña Elvira halló medio de hablarme á solas y de arrancar el secreto de mi pecho. Lloró, suplicó, y consiguió finalmente que el engañado fueseis vos, trayendo conmigo á su verdadero hijo, al que conocia por una señal particular con que lo dotó la naturaleza.

(Se concluirá.)

### DISCULPA

Á MIS AMIGAS MARÍA Y EVARISTA LARRAÑAGA.

De poeta y de loco... ..

Cuando mi magin disloco  
Y con mis quintillas lucho,  
Me afirmo más, y no poco,  
Que tengo mucho de loco,  
Y de poeta no mucho.

Y he venido de improvizo  
A condicion tan villana,  
Porque con amor remiso,  
Una mujer no me quiso.....  
Cuando no le dió la gana.

Así amante y sin amores  
(Pues mis amores rehusa  
La ingrata con sus rigores)  
Burlaron mirlos traidores  
Los cantares de mi musa.

¡Mirlos á mí! Con fiera,  
Como que al fin soy de barro,  
Les arrojé á la cabeza  
Mi musa, con la llaneza  
Con que se tira un cacharro.

¡Y qué portento mayor!  
Herido quedé y vengado,  
No viendo en mi ciego error  
Que era el mirlo burlador  
El amor propio burlado.

Hago de paciencia acopio  
Y aduermó con mis afanes  
Mis penas y mi amor propio,  
Cuál se aduermen con el opio  
Los ojos de los sultanes.

Y vereis cómo mi acuerdo  
Me ha de hacer, poquito á poco;  
Conforme pase el recuerdo,  
Un poeta algo más cuerdo,  
Y un amante ménos loco.

Entónces en las pasiones  
De vuestra amistad discreta,  
Sin más mirlos ni gorriones,  
Yo cantaré mis canciones  
Al són de la pandereta.

Peró en tanto que infelice  
Mi pasada fé decrezca,  
Y este tiempo se deslice,  
Dejad que me POETICE  
Conforme DESENLOQUEZCA.

Diciembre 1880.

### APUROS.

(Reflexiones filosófico-fisiológicas  
ante la perspectiva de mi porvenir.)

Poniéndome en duros bretés,  
El amigo Pepe Retes,  
Tenaz en esta ocasion,  
Me suplica una cancion,  
Ó me anuncia unos cachetes.

Y caer en los deslices  
De hacer versos infelices  
Sin chiste, y con ménos sal,  
Hoy cae cualquier mortal  
Para salvar sus narices.

Pero es mi suerte más dura  
De lo que usted se figura;  
Y si á tal cosa me obligo  
Pierdo mucho tiempo, y..... ¡digo!  
¡Adios mi licenciatura!

¡Y serán vanas mis quejas  
Cuando, frunciendo las cejas,  
Ya mi Padre me ha jurado

Que si no voy licenciado  
Me arrancará las orejas?

En mi desventura extrema  
Veo más claro este tema  
Que me da tanto mal rato:

Ó DESOREJADO Ó CHATO.  
¡Qué lindísimo problema!

Colocado en ese potro,  
Corro de un amigo á otro  
Con mi problema que asusta,  
Y á ninguno de ellos gusta  
Ni lo uno ni lo otro.

Acudo al espejo, y leo  
Entre su fulgor febeo  
Con unas letras de á codo:

—Chiquito, de cualquier modo  
Vas á quedarte muy feo.

Y aunque parezca increíble,  
Por todas partes terrible  
Un eco me va diciendo:

—¡DESARNIZADO! ¡¡qué horrible!!  
—¡DESOREJADO! ¡¡qué horrible!!

Luego mis novias burladas,  
Con tremendas carcajadas  
Ante mis ojos pasando,  
Dicen á una voz cantando  
—¡Bravo! ya estamos vengadas.....

Si, ni por casualidad,  
Domar tu ferocidad  
Con mi problema he podido,  
Mira, Pepito, te pido  
Con mucha necesidad,

Que llames á reunión  
Las que animan tu salon  
Como el cielo las estrellas;  
(Bien sabes tú que por ellas  
Bailé el wals y el rigodon.)

Y con tus frases felices  
Que te contesten, les dices,  
Si seré más de su agrado  
Al verme desorejado,  
Ó al mirarme sin narices.

Junio 1879.

EN MI ABANICO.

Me dá el mundo sinsabores,  
Las mujeres desengaños,  
Y el abanico me dá  
Airecillo y buenos ratos.

Agosto 1875.

ESTELRICH.

ÍNTIMAS.

Pasan horas y mas horas,  
Años y mas años pasan,  
Y en el seno del no ser  
Su fulgor vivo, anonadan,  
Y en el pecho, el dolor solo  
sus profundas huellas graba.

Las fugaces ilusiones  
De placer, que engendra el alma,  
Nacen y se desvanecen  
Cuál brisa de la mañana  
Que las flores besa, y huye  
Arrasándolas de lágrimas.

Las olas del mar, que vienen  
Por suave brisa empujadas,  
Y en el arenal se tienden  
Concluyendo su jornada,  
Arrastrando en pos de sí  
Mariscos y verdes algas,  
Cual mis esperanzas son  
Que de tanto andar, cansadas,  
Por las mágicas regiones  
De los bellós ideales  
Eterno descanso buscan  
De la Estigia en la ancha playa  
Y allá llegan arrastrando  
Girones de la esperanza.

R. MARTORELL BENFASSAR.

Pollensa 20 Diciembre de 1880.

IMPRENTA DE M. ROCA. — PALMA.